



# Lo que no se lleva La LLUVIA

Salva Gómez

Lic. en Letras Hispánicas UAA

**H**oy llueve, hace mucho que no llovía. Antes esta ciudad se inundaba seguido por culpa de las lluvias torrenciales. Tenía un libro en la mano cuando oí ese aroma a tierra mojada, lo cerré y me acerqué a la ventana para ver las primeras gotas. Observo cómo la lluvia empaña las ventanas y difumina las luces de los autos, de las casas, le da un tono nostálgico a esta ciudad en la que nunca ocurre nada. La tormenta me hace pensar en ese día hace diecisiete años. Hay algo que me lleva a descorchar una botella de vino. Nunca le conté a nadie lo que pasó, pero ahora que me encuentro retirado, aburrido y abrumado por el pasar de los años, que aplasta a todo aquel que oculta algo, tomo el papel y escribo.

Mi nombre es Carlos, toda mi vida escribí, pero no fui escritor. Fui periodista. Ganarte la vida escribiendo no te hace escritor. Eso le hace falta al español, un vocablo que diferencie entre el escritor, el que hace arte con las palabras, y aquel que escribe noticias vulgares o test para una revista de adolescentes o se inventa horóscopos cuando el astrólogo se reporta enfermo. Existen vocablos como *escribidor*, pero resultan arrogantes y no contienen realmente esos matices que menciono.

Yo fui el de las noticias vulgares, aunque quise ser escritor de libros —al menos durante la juventud—, uno famoso, reconocido y alabado por otros escritores (tengo la hipótesis de que últimamente sólo escriben para sus colegas, por eso cuatro de cada cinco novelas en las últimas dos décadas tienen como protagonistas a escritores). Sin embargo, jamás pude publicar ningún libro. Nunca tuve el talento ni la dedicación ni las amistades necesarias. Estoy mejor así, en el fondo odio a los escritores porque son los artistas más ególatras: cuentan la historia de su abuelo, hacen versos a la pareja que amaron, ficcionalizan

la vida de una persona sin su permiso y, al final, siempre se las arreglan para que todo se centre en ellos mismos y su escritura.

Como sea, me gané la vida por más de cuarenta años escribiendo noticias mediocres, sin interés ni importancia, para un periódico local que sirve para hacer propaganda de un partido político. No estaba de acuerdo, pero no podía hacer nada, tenía que comer y pagar las cuentas. Al principio, mi esposa me decía que renunciara, que ella se encargaría unos meses de la casa para que yo escribiera una novela. Creía que era un buen escritor porque le gustaban los cuentos que hacía en la universidad, pero yo sabía que eran malos. Quizás por eso me casé con ella, porque creía en mí, algo que yo nunca he hecho. Excepto quizás durante unos días, hace diecisiete años.

Un día me llamaron para cubrir una nota. Encontraron un cuerpo a orillas del río. Como llovía mucho y la ciudad siempre se inundaba, no era raro que se encontraran personas que habían perdido la contienda contra la corriente. Yo llegué en mi antiguo Datsun, abrí la puerta con cuidado para evitar que se le metiera el agua sucia que corría aún por la banqueta, le tomé fotos al muerto e hice unas notas en mi libreta: hombre moreno, joven, de 19 a 22 años, cabello oscuro, pantalón de mezclilla y camisa verde. Qué sencillo se describe un cuerpo, como si fuera un objeto y no una persona que hace horas tenía sueños, amaba y era amada.

Esta noticia hubiera pasado desapercibida de no ser porque al día siguiente una señora me buscó en las oficinas del periódico. Su hijo era el mejor amigo del chico muerto. Al leer la noticia, vio mi nombre y fue a buscarme. Ella quería saber si no había ningún otro cuerpo porque su hijo llevaba dos días sin ir a casa y: ellos siempre estaban juntos, señor, se lo juro. Eran buenos chicos, se quedaban en la biblioteca toda la tarde estudiando. Como antier estaba lloviendo, yo creí que mi hijo se había quedado en casa de David, que vive... vivía cerca de la universidad, hasta que vi su foto en el periódico. Ayúdeme, por favor, señor; ¿Cómo se llama su hijo?... Juan Miramontes; espéreme aquí.

Le marqué a un contacto en la policía y le pregunté por el chico. Ese es un cabrón, ¿para qué lo andas buscando? Es el hijo de la chingada que comenzó la huelga en la universidad al inicio del semestre. Fue entonces que me acordé de Juan, nosotros en el periódico le dijimos de todo y pedimos su expulsión de la Facultad de Ciencias Políticas. Era lo que llamábamos ‘una persona incómoda’. Le di las gracias a mi

contacto y le colgué. Le dije a la madre que no lo había encontrado, pero que si sabía algo de él le marcaba. Ella me pidió mi número de teléfono y se fue.

Los días siguientes yo seguí cubriendo noticias irrelevantes: un torneo deportivo, un concierto de una banda local, la glamurosa inauguración de la nueva biblioteca de la universidad que había costado millones y que era el gran orgullo del gobernador, entre otros eventos que a nadie fuera de esta ciudad le importaban. La madre me marcaba diario. Con el pasar de los días notaba cómo su voz pasaba de ser segura y altiva, a ser cabizbaja, a romperse cada tres palabras. Me contó cómo la ignoraron en la policía. Yo no pude decirle que no se moverían para hallarlo, pues ellos lo preferían así, desaparecido.

Ante su insistencia, una semana después le pedí permiso y fui a su casa, con la esperanza de convencerla para que no llamase más. Revisé la habitación de Juan, tenía la bandera anarquista colgada en una pared y varios libros de Marx, Bakunin y Goldman en un pequeño librero. Había una mesita donde, al parecer, él se ponía a estudiar. Sobre ella tenía una copia de *Viviendo mi vida* y me llamó la atención que tenía un lápiz entre las hojas y varios pedazos de papel. Abrí el libro y descubrí que eran notas que él hacía de las palabras de Emma, pero uno de esos papeles era de un color distinto y tenía escrito un nombre desconocido y un número de varios dígitos. Hojeé las páginas próximas y no encontré nada parecido, así que escribí eso en mi libreta. Me sentía Sherlock Holmes y eso me emocionaba (si hubiera tenido internet en el teléfono en ese entonces no hubiera sido tan emocionante, el fácil acceso a todo hace que no exista el misterio ni la euforia del hallazgo). Para un periodista mediocre, eso era lo más cercano a hacer algo que valiera la pena. Sin embargo, no creía que fuera a encontrar nada.

Busqué el nombre en el archivo del periódico, pero no hallé nada. México es una fosa común, lo ha sido siempre. Pensaba que sería otro caso más de un desaparecido, como cientos de miles que hay en el país, pero la madre me seguía llamando día con día. Fui con mi editor y le pregunté por el nombre que Juan había escrito en ese pedazo de papel; era un tipo insoportable pero tenía la mejor memoria de la ciudad, todas las noticias y notas pasaban primero por él. Si alguien sabía quién era el hombre al que pertenecía ese nombre, era él. Y así fue. Marco Gil es el cuñado del gobernador, me dijo con ese tono suyo tan castrante. Le di las gracias y me di la vuelta, todos sabíamos de su

estrecha amistad con el gobernador. ¿Por qué preguntas? Por nada, estaba leyendo un artículo de los periódicos antiguos, vi el nombre y creí que lo conocía, pero no, lo confundí con otro Marco. Olvídalo. Se me quedó viendo con incredulidad mientras me alejaba.

Si esto, lo que fuese, involucraba a la familia del gobernador, debía llevar la investigación por mi lado. El periódico promovió su candidatura tres años antes y ahora recibíamos una buena aportación mensual por parte de varios programas estatales. Esa aportación mantenía el periódico a flote, se podía decir que me daba de comer.

Busqué el nombre de la esposa del gobernador en el archivo, quien había adoptado el apellido de su marido. Marco Gil era como un fantasma para la prensa. Sin embargo pude hallar una foto de él, era de un evento social, los quince años de la hija del gobernador. Salía él con su hermana con el pie de foto: “La primera dama con su hermano”.

Como no hallé nada interesante, tuve que volver a leer mis notas en busca de una pista y lo encontré: “Juan se pasaba todo el día en la biblioteca de la universidad”. Cualquier cosa que él haya descubierto, debió de ser dentro de esas paredes. Aproveché mi día de descanso y fui a la nueva biblioteca universitaria. Era imponente, una construcción enorme. Vale todos los millones que costó, pensé. Estuve más de una hora buscando algo que no sabía qué era. Tenía un nombre pero sólo eso. Marco Gil no había escrito ningún libro, tampoco ningún artículo de revista. Mierda, Juan, me has hecho perder el tiempo. Salí decepcionado.

En el estacionamiento vi a un grupo de alumnos con carteles pidiendo que se bajara la mensualidad y quejándose de los millones gastados en la biblioteca. Unos “vándalos sin quehacer”, como los llamaron en el periódico al día siguiente. Me acerqué a uno de ellos. Disculpa, ¿conoces a Juan Miramontes? Claro, sin él no estaríamos aquí. Él organizó la Unión Estudiantil. Es una lástima que se haya ido de la ciudad. Me sorprendió que dijera eso y le quise comentar que era mentira, que su madre lo estaba buscando, pero no quise entorpecer la investigación. Le di las gracias y me retiré. Saqué mi libreta para anotar lo que el chico me dijo y vi el número que Juan tenía escrito junto al nombre de Marco Gil. ¡Cómo no se me ocurrió!

Regresé rápidamente a la biblioteca y le pregunté por ese código de libro a la bibliotecaria. No es un libro, esos números son del archivo del estado que está en el sótano de la antigua biblioteca. Una vez ahí, el encargado me hizo anotar mi nombre y el número del documento

que buscaba. A los pocos minutos me lo llevó a la mesa. Era un boletín universitario de hace dos años donde se daba a conocer los resultados del concurso de constructoras. “Por medio de la presente se informa a la comunidad universitaria que la junta de gobierno, de la mano del rector, ha decidido dar el proyecto de la nueva Biblioteca Universitaria Siglo XXI, financiada por el gobierno estatal, a la empresa que responde al nombre de López López Asociados...”. Venían más términos legales y palabrería, pero lo que me llamó la atención fue el final de la segunda hoja: estaban las firmas del gobernador, del rector y del representante legal de López López Asociados, Marco Gil.

Si no fuera periodista, me hubiera sorprendido que eso pasara tan desapercibido, pero yo sabía cómo funcionaba la prensa. Había un conflicto de interés que haría pensar mal al más crédulo. Recordé que Juan desapareció justo unos días antes de la inauguración que juntó a la alta sociedad del estado. No pude evitar que se me dibujara una sonrisa, se trataba de un caso grande, era lo más importante de mi mediocre carrera.

Esa noche estaba lloviendo fuerte, llegué a casa mojado, me sequé el pelo, me quité la ropa y descorché una botella de vino que tenía años en mi oficina. Mi esposa me preguntó a qué se debía la celebración y yo le dije: espera, lo sabrás en su momento, por ahora ven, brinda conmigo. Vi en este caso la gran oportunidad de escribir en un medio nacional –nadie se atrevería a publicarlo aquí–, de escribir un libro, de ser reconocido como escritor, de cumplir los sueños de juventud que había abandonado y por los cuáles mi mujer se había casado conmigo. Era consciente de que estaba haciendo eso más por ego que por empatía con la madre de Juan o por vocación periodística. Pensé en todos esos periodistas que han destapado casos de corrupción y han ganado millones vendiendo libros. ¿Qué estaría bien ponerme cuando salga en las noticias de televisión nacional? Me pregunté antes de quedarme dormido, porque el vino y el sexo me habían agotado.

Al día siguiente no fui a trabajar, me reporté enfermo. Fui a López López Asociados, me quedé ahí todo el día, estacionado en la acera de enfrente en el Datsun que heredé de mi padre. ¿Cuál será el auto nuevo que compre cuando publique ese libro? Me pregunté en ese momento, mientras esperaba a que pasara algo y pensaba en cómo hacer para sacar una copia del archivo. Alrededor de las seis y media de la tarde, vi a Marco Gil a través del lente teleobjetivo de mi cámara,

salió del edificio y lo seguí hasta que entró a su casa. Me acerqué y anoté la dirección en mi libreta. Como ya no pasó nada más interesante, me fui a descansar.

Al día siguiente me volví a reportar como enfermo. Llegué a su casa temprano, a tiempo para ver (y fotografiar) a la hermana del gobernador que salía en un auto del año conducido por un chofer. Media hora más tarde salió Marco y lo seguí hasta la casa del gobernador. Hace tres años, el día después de las votaciones, estuve ahí desde la madrugada para tomarle las primeras declaraciones como gobernador electo, así que reconocí ese lugar al instante. Tomé fotos de ambos cuando el gobernador salió a despedirse de su cuñado al pórtico.

En ese momento ya no me sentía Holmes, me sentía el jodido Michael Moore. Me pregunté si algún día Moore haría una película de cómo descubrí ese caso de corrupción o si sólo le importaba lo que pase del otro lado del río. Seguí a Marco toda la tarde. Cuando por fin llegé a su domicilio, vi que el coche del gobernador estaba estacionado afuera. Tenía que tomar fotos, así que me bajé del Datsun y me acerqué a la acera de enfrente. Estaba viendo qué hacer para tener una mejor visión de la casa. Decidí subirme a un árbol. Para evitar dañar mi cámara, la subí primero y la atoré en una rama con el cordón. Estaba pensando en qué partes del tronco apoyar las extremidades para subirme, cuando escuché que se abrió una puerta tras de mí. Volteé y vi a dos hombres altos y musculosos vestidos de traje que se dirigían hacia donde yo estaba, salían de la casa de Gil. Me fui corriendo como pude, regresar al auto no era una opción así que me metí entre calles. Corre, corre que de esto depende tu vida, me decía.

No supe en qué momento me dejaron de seguir, pero llegué a mi casa sin dejar de correr a pesar de que vivía a media hora. No tenía condición como para aguantar tanto tiempo corriendo, pero el instinto de supervivencia me ayudó. Mi esposa me preguntó por el coche y le dije que se lo habían llevado al corralón porque lo estacioné en un lugar prohibido, que mañana o pasado iba a ir por él. Le respondí con dificultad, sentía que se me salía el corazón y que me faltaba el aire. ¿Por qué corriste? Me hace falta hacer más ejercicio. Me metí a bañar y hasta ese momento, mientras el agua caía a chorros en mi cabeza, me di cuenta de que había olvidado la cámara. ¡Imbécil! Suspiré hondo.

A la mañana siguiente fui a trabajar y el editor se me acercó a medio día, mientras desayunaba. Tenía una sonrisa burlona, me dio

una palmadita en el hombro y dijo: qué bueno que ya estás mejor. Cuidate mucho, que un conocido murió de eso. Me resultó curioso que dijera aquello, yo nunca di detalles sobre mi supuesta enfermedad cuando marqué al periódico. Me quedé callado y seguí comiendo, como toda la vida lo hice.

Un par de días después, recuperé mi Datsun, aunque tenía los vidrios rotos y una llanta pinchada. También recuperé mi cámara, estaba intacta. No la vieron en el árbol, la suerte me sonreía un poco. Por las noches tomaba la cámara entre manos y meditaba qué hacer. Las dudas se me fueron cuando me encargaron las peores noticias en los lugares más recónditos del estado y a fin de mes me llegó la mitad de la paga sin explicación alguna. Tiré el rollo a la basura y me encargué de que mi editor me viera con la mayor disposición del mundo, le llevaba el café todas las mañanas y no paraba de adularlo. Al mes siguiente me llegó la paga completa y todo regresó a la normalidad.

No me atrevía a responderle a la madre de Juan, pero seguía marcando diario. Un día por fin contesté, le dije que no había sabido nada y que debía empezar a considerar que su hijo podía estar muerto. Ella me dijo que una persona no está muerta hasta que alguien le llora y: yo no le he llorado a mi hijo, ni voy a llorarle hasta saber que está muerto, hasta enterrar su cuerpo, sus cenizas o lo que encuentre de él. No volvió a llamar.

Al año siguiente mi esposa me abandonó, dijo que estaba harta porque: eres un mediocre y jamás lograrás nada en la vida, no tienes el valor para hacerlo. Tenía razón. Seguí trabajando en el periódico como si nada hubiera pasado por otros doce años, cubriendo notas que a nadie le importaban y que nadie leía. Cuando hace tres años me jubilé, quedé tan hastiado de la escritura que jamás volví a escribir ninguna oración hasta este día, hasta esta noche que llueve y que huele a nostalgia.

Ahora descorcharé la segunda botella de vino para intentar olvidar por un rato lo que fui, lo que hice y, sobre todo, lo que no me atreví a hacer. Mañana en la mañana decidiré si envío esto a la madre de Juan. Espero que, así como la lluvia se lleva todo –o casi todo– a su paso, también se lleve el rencor antiguo que ella me tiene y el nuevo que me tendrá cuando lea esto. Desafortunadamente para mí, en estos tiempos las lluvias escasean.